

Carrizo Rueda, Sofía

*El mestizaje cultural y la poesía colonial
hispanoamericana*

Revista del Instituto de Investigación Musicológica “Carlos Vega”
N° 11, 1990

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Carrizo Rueda, Sofía. “El mestizaje cultural y la poesía colonial hispanoamericana” [en línea]. *Revista del Instituto de Investigación Musicológica “Carlos Vega”*, 11 (1990). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=Revistas&d=mestizaje-cultural-poesia-colonial> [Fecha de consulta:.....]

EL MESTIZAJE CULTURAL Y LA POESIA COLONIAL HISPANOAMERICANA

La poesía colonial hispanoamericana es un cofre a medio abrir cuyo contenido no nos es aún bien conocido. Hay muchos aspectos estudiados, ciertamente, con profundidad y rigor. Pero también existe un abundante material que espera ser descubierto, como el de British Museum, por ejemplo, ya mencionado por el padre Furlong¹. También es necesario considerar otra categoría de hechos. Se trata de aquellos que ya han sido investigados pero o bien no han tenido todavía suficiente difusión o, lo que es más grave, han sido intencionalmente silenciados.

En estas páginas trazaremos un conciso panorama del "estado de la cuestión", es decir de lo que ya ha sido objeto de estudio, subrayando aquellos aspectos que por diversos motivos suelen quedar en un cono de sombra.

Uno de los lugares comunes que necesita ser revisado es el del aislamiento cultural de América y su parálisis respecto a los avances que se registraban en la península. —También es verdad que quienes sostienen esta teoría, tampoco reconocen muchos avances en España...—. Pero los hechos demuestran que dentro de las dificultades de las comunicaciones en la época, el intercambio cultural podía calificarse como fluido. Vayamos a los ejemplos.

Juan de Castellanos (1522-1607) llegó adolescente a América y fue en el nuevo mundo, donde se formó como poeta humanista. Leyó a Virgilio, Horacio, Ovidio, Séneca y hasta a Jenofonte y de los modernos, a Juan de Mena, Ercilla y Garcilaso de la Vega, de quien tomó las modalidades italianizantes que caracterizan a la poesía renacentista española. En 1589 compuso un larguísimo poema, *Elegías de varones ilustres de Indias*, en el cual asume una clara actitud de mestizaje cultural en cuanto a tema, imágenes poéticas y lengua. Manifiesta utilizar un "sencillo lenguaje de verdad y certidumbre" porque las cosas de América son tan notables que "ellas mismas encumbran el estilo". Como todo hombre de su época, considera insoslayable el ropaje mitológico y por eso habla de indias como ninfas y náyades de las que "Júpiter quisiera ser esposo" y de españoles como "faunos lascivos y lozanos". Pero no desdenea incluir en sus medidos versos "al itálico modo", palabras indígenas como "macanas", "bohios" o "yagüeses".

¹ G. FURLONG, "Nuestra literatura católica colonial y pre-moderna", *Estudios* (1939), nº 340, págs. 321-338.

Actitud similar es la de otro poeta nacido en España y afincado en América, Eugenio Salazar de Alarcón (1530-1605), que compuso un poema bucólico, *Descripción de la laguna de México*. Cuenta que Neptuno, deseoso de conocer la tierra mexicana, labró un camino subterráneo y emergió en mitad de un valle, formando así la laguna. A continuación, ensarta una serie de descripciones —¡algunas de ellas, preciosas!— de plantas, montes, ríos y pueblos mexicanos.

También cantó a este paisaje y siguiendo los modelos renacentistas de Garcilaso y Herrera, el primer poeta nacido en México, Francisco de Terrazas (1525-1600) de quienes se recogen cinco sonetos en *Flores de varia poesía*, antología compilada en México, en 1577. Los poetas mexicanos que figuran al lado de los españoles en esta colección y los certámenes de poesía que solían realizarse dan cuenta de una continuada producción poética que buscaba raíces en su realidad circundante sin dejar de alimentarse con los nuevos estímulos que venían de la península.

Pero el mestizaje cultural marchaba también por otros caminos. No bien consumada la conquista de México, el 13 de agosto de 1521, los padres misioneros iniciaron sus minuciosas investigaciones acerca de la cultura de aquellas tierras, en todos sus aspectos. Y al hallar una abundante cantidad de textos conservados ya en códices, ya oralmente, en las lenguas nativas, se preocuparon de recogerlas a través del alfabeto. Durante todo el siglo XVI y parte del XVII se desarrolló una nutrida labor de rescate en la que trabajaron juntos, aztecas que dominaban la escritura alfabética, el español y aun, el latín y misioneros como Fr. Bernardino de Sahagún y otros del Colegio de Santa Cruz de Tlaxelolco que conocían a su vez a la perfección, diversas lenguas indígenas. Pero éste fue, en realidad, un primer paso porque el segundo, el de mestizaje cultural propiamente dicho, se realizó a raíz del propósito evangelizador. En algunos de estos textos, concretamente en los *huehuetlatōllis*, género de la poesía azteca que conservaba la sabiduría de los ancianos, los misioneros encontraron una serie de valores morales y espirituales que no tardaron en incorporar a sus prédicas. Reproducimos algunas sentencias sobre la mentira y la falsedad, de la colección *Ciertos problemas doctísimos o las pláticas que los Señores mexicanos hacían a sus hijos*, recogida por Fr. Andrés de Olmos en lengua náhuatl y luego traducidos al castellano:

“Cuidate mucho de la mentira y falsedad: no es recto, no es bueno. Nadie puede vivir bien al lado de las personas, si tal es su conducta: con ella arroja a las personas al muladar, al estercolero.

Y lo bueno y recto que en tu presencia se dijo y declaró; lo que es digno de decirse, digno de loor y no cosa pervertida y torpe, si llegas a decirlo, no le aumentes nada, no le agregues cosas nuevas [...]”².

² A. M. GARIBAY, *La literatura de los aztecas*, México, ed. Joaquín Mortiz, 1970, pág. 108.

Y así hemos tocado alguno de esos aspectos que se suelen pasar por alto. En primer lugar es innegable que si aquella cultura nos es hoy conocida, ello se debe a la labor de los misioneros que pusieron su formación humanista, su espíritu de sacrificio y su celo evangélico al servicio de la comprensión y la conservación de las civilizaciones descubiertas. Se insiste en hablar de destrucción, pero no se suele recordar que junto a los hechos de guerra, se desarrollaba esta silenciosa labor. El resultado de tal visión parcial ha sido negativo para el conocimiento de las culturas precolombinas ya que importantes manuscritos permanecieron así, mucho tiempo ignorados.

Un segundo aspecto que hay que subrayar es que la integración de la poesía azteca en la prédica de la doctrina cristiana demuestra que no se trató de una labor de conservación meramente arqueológica sino de un proceso de integración existencial. Y desmiente, además, la teoría de que los misioneros tomaron sólo algunos aspectos pintorescos de las culturas americanas para “disfrazar” o “maquillar” al cristianismo, porque lo que revela un estudio en profundidad es que bucearon en las coincidencias en el orden natural e incluso en problemas teológicos como los de la prefiguración de los misterios del dogma cristiano en otras religiones. Al respecto, resulta fundamental, por ejemplo, la interpretación del culto a Huitzilopochtli en el *Auto del Divino Narciso*, de Sor Juana Inés de la Cruz. Que no todos los hombres de iglesia tuvieron esta actitud, también es cierto; pero es necesario evitar a través de la labor investigativa, toda generalización y toda conclusión simplificadora.

En el otro gran virreinato vemos repetirse hechos parecidos a éstos que acabamos de describir en México. El Inca Garcilaso relata ceremonias cristianas que asimilaban expresiones del arte ritual indígena. Por ejemplo, el *hauilli*, que quiere decir “triumfo”, poesía incaica que canta la victoria sobre la tierra al labrarla y hacerla dar fruto y que fue adaptada a la apoteosis del Corpus, “con gran contento de los españoles y suma alegría de los indios, de ver que con sus cantos y bailes solemnizasen los españoles la fiesta del Señor Dios nuestro”. Y subraya inmediatamente el cronista, la identidad conceptual entre el canto al trabajo de los labradores y la albanza a Cristo, llamado por los incas “Pachacámac, que quiere decir el que da vida al universo”³.

Por lo que toca en Perú a la poesía de los laicos, para no extendernos demasiado sólo recordaremos que Diego Aguilar y Córdoba consigna en su crónica, *El Marañón* (1578), el nombre de varios poetas y no comentaremos más que dos casos en particular. Se trata de poetisas. A una se la conoce simplemente como “Señora principal de estos reinos” y compuso un *Discurso en loor de la poesía*, que reviste cierta significación en una historia de la teoría de la poesía en América. A la otra, se la identifica con un seudónimo, “Amarillis”. Desde las tierras “donde el Sur me esconde” declaró “un amor sin esperanzas” a Lope de Vega. El Fénix que, sin duda, debe haber lamentado la

³ INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, t. II, Buenos Aires, Plus Ultra, s/año, págs. 37-38.

distancia ante tan apasionado homenaje, se conformó con incluir aquellas silvas abiertas y directas en su edición de *La Filomena* (1621), con el título de “Epístola de Amarilis a Belardo”.

Pero antes de entrar en el siglo XVII tenemos que continuar nuestro camino hacia el sur del continente. La conquista de Chile da lugar al gran poema épico renacentista de la literatura en lengua castellana: *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, publicada en tres partes, en 1569, 1578 y 1589. Se quejaba Matteo Boiardo en su *Orlando innamorato*, que ya no había héroes como Alejandro Magno o César y que los poetas no tenían más remedio que cantar las gestas de personajes quiméricos e imaginar batallas entre gigantes. Portugal y España, orgullosas de sus viajes, descubrimientos y conquistas, ofrecen entonces el testimonio poético de estas empresas reales y cercanas en *Os Lusíadas*, de Camoens y *La Araucana*. Pero ya los títulos no señalan una diferencia significativa. “Lusíadas” proviene de “luso”, “lusitano”, es decir, “portugués”, y consecuentemente, el poema se centra en las acciones heroicas de esta colectividad. En cambio, “Araucana” se refiere al “Arauco” y a sus naturales y ya en la segunda estrofa aclara el autor:

Cosas diré también harto notables
de gente que a ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen;
raras industrias, términos loables
que más los españoles engrandecen,
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Así se perfilarán con estatura épico-mítica a lo largo del poema, Lautaro, Caupolicán, Colocolo, Guacolda y Fresia. No hay, por supuesto, fidelidad histórica a los rasgos auténticos de los indígenas araucanos. Por ejemplo, en Caupolicán se elogiarán virtudes estoicas, propias del pensamiento renacentista. Y no faltan claro, los acontecimientos fantásticos de toda laya, propios de las convenciones del género épico durante el renacimiento. Pero América acogió a este poema escrito por un madrileño, como patrimonio suyo, y un testimonio de la vida cotidiana es que los nombres de sus héroes y heroínas han sido adoptados por el pueblo chileno.

¿Y qué ocurría en nuestras playas? Como es sabido, la conquista del Río de la Plata fue dolorosa, árida y muchas veces, sombría y frustrante. Pero la poesía estuvo presente desde el primer momento. En la expedición de D. Pedro de Mendoza venía un clérigo soldado, Luis de Miranda. El fue testigo y parte de banderías y luchas por el poder y vivió en carne propia todas las calamidades que hicieron fracasar la primera fundación de Buenos Aires. Tanta experiencia, decidió volcarla en un poema breve al que conocemos como *Romance elegíaco*. Es, sin lugar a dudas, la obra inaugural de la literatura argentina. Por el tema, por haber sido escrita en estas tierras y porque no se puede desdeñar

sus méritos, aunque modestos. Muchos estudiosos argentinos la han menospreciado hasta hace poco, pero una investigadora mendocina, Beatriz Curia, se ha lanzado recientemente a su rescate⁴.

Reproducimos algunos versos que describen el estado al que la enfermedad, el hambre, el continuo asedio indígena y, sobre todo, el quebrantamiento moral, habían reducido a la población.

Pocos fueron o ninguno
que no se viese citado,
sentenciado y emplazado
de la muerte;
mas tullido el que mas fuerte,
el mas sabio mas perdido,
el mas valiente caído
y hambriento;
almas puestas en tormento
era vernos, cierto, a todos
de mil maneras y modos
ya penando;
unos contino llorando,
por las calles derribados,
otros lamentando echados
tras los fuegos,
.....

Es evidente que estos versos no carecen de fuerza expresiva, y como demuestra B. Curia, responden a tradiciones literarias de la península, a la par que nos introduce en hechos fundamentales de nuestros orígenes.

En esta visión panorámica del siglo XVI faltan, por supuesto, muchísimos autores y obras; pero lo que hemos buscado es poner de relieve ciertos hechos que a través de los dos siglos siguientes adquirirán el carácter de constantes. Es lo que veremos a continuación.

Así como durante el siglo XVI, los modelos poéticos habían sido igual que en España, los de la escuela garcilasista, el siglo XVII americano acogió muy pronto y con enorme entusiasmo las innovaciones de la poesía barroca, sobre todo, a través de Góngora. Claro que inmediatamente hay que señalar que "gongorizar" y "conceptualizar" con arte, no eran tareas nada sencillas. De hecho, tampoco fueron demasiados en España los que lograron hacerlo con éxito. Aquí, en América, las grandes dificultades de estos estilos han dado como resultado que la mayoría de los poetas de aquel período, hoy sólo sean piezas arqueológicas. Pero muy por encima de ellos y de muchísimos otros autores anteriores y posteriores, se eleva la figura de Sor Juana Inés de la Cruz.

⁴ B. CURIA, "Múdenos tan triste suerte". *Sobre el romance de Luis de Miranda*. Fac. de Filosofía y Letras. Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza, 1987.

No es éste el sitio para analizar la enorme riqueza de su obra, tan ampliamente estudiada. Sólo baste decir que ocupa un puesto junto a los grandes ingenios como Fr. Luis, Lope o Calderón dentro de la literatura del Siglo de Oro y que uno de sus rasgos distintivos es, precisamente, haber logrado sin menoscabo de un arte quintaesenciado, aquel mestizaje cultural que hemos visto desde el principio en más modestos precursores.

Por otra parte, el acercamiento de la cultura indígena y la europea a través de la Evangelización continuaba siendo una preocupación de las órdenes religiosas. Ahora, quien se había volcado a ella con denuedo, era la orden llegada en 1568: la Compañía de Jesús. Tampoco éste es un tema que pueda sintetizarse siquiera en estas páginas, pero sí queremos citar un ejemplo muy ilustrativo en su curiosidad. El famoso romance español de *Fontefrida* recoge una tradición de los bestiarios medievales que a su vez provienen de Aristóteles. Se trata de la tórtola que llora sin consuelo la ausencia de su compañero. Pues tal motivo ha sido descubierto por Ismael Moya en una canción de lengua guaraní, sobre un tema indígena, que aún hoy se canta en el litoral argentino⁵. Esta "perla aristotélica" que desembocó en el folclore guaraní a través del Romancero, es equiparable a la sabiduría de los ancianos aztecas abonando los sermones de los padres misioneros, ya que ambos hechos han surgido de una misma actitud de acercamiento.

Si nos volvemos nuevamente hacia la épica, vemos que los personajes del continente americano continúan desempeñando funciones importantes. Una muestra es el poema *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa (1564?-1634?), que narra el secuestro del obispo de Puerto Rico, Fr. Juan de las Cabezas, por parte del corsario francés Gilberto Girón y su posterior liberación. Un "negrito criollo" engaña al pirata para que baje a tierra, un indio es la heroica víctima mortal del combate y es un negro el que mata a Girón.

Pero la poesía del Siglo de Oro es varia y multiforme y a lo largo de las dos centurias, junto a las innovaciones como la modalidad italianizante y el barroquismo, persiste otro tipo de lírica que arranca de la Edad Media. Se trata de la conocida como "poesía de cancionero", compuesta en el tradicional verso hispánico, el octosílabo, y caracterizada por expresar de forma concisa los contrastes del mundo interior bajo el influjo del amor. Convive en los siglos XVI y XVII con los nuevos tipos poéticos, intercambiando influencias con ellos y muchos músicos la utilizaron como texto para sus obras, tanto en España como en América. Actualmente se están publicando cancioneros que habían permanecido inéditos, lo cual hará avanzar el conocimiento de la poesía del período a ambos lados del océano.

Es necesario ahora, hacer un inciso para referirnos al ambiente literario en general, de estos dos siglos que estamos tratando. Los catálogos de bibliotecas y librerías revelan una sorprendente cantidad de obras de poesía, ficción,

⁵ I. MOYA, *Romancero*, t. I, Buenos Aires, 1941, págs. 146-148.

teatro e historia. En una biblioteca privada mexicana (1620) aparecen Virgilio, Cicerón, Boccaccio, Sannazzaro, Ariosto, Tasso, Camoens, Ercilla, *La Celestina* y antologías poéticas como *Flores de poetas ilustres de España* (1605). En otra biblioteca de la misma época, el catálogo consigna novelas pastoriles, picarescas y de caballerías, *El Conde Lucanor*, épica y lírica de poetas griegos, romanos, renacentistas y barrocos. Es interesante consultar al respecto, los documentos que reproduce Irwing Leonard en *Los libros del conquistador*. Esta obra debe ser revisada por lo que toca a la influencia de las novelas de caballería sobre aquellos que pasaban a América, ya que Leonard les confiere una importancia excesiva. Pero en el aspecto documental aporta datos muy interesantes sobre el ambiente cultural de los virreinos.

No sólo los libros llegaron a América, sino también algunos de sus autores como Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Mateo Alemán y Tirso de Molina. Cervantes lo intentó pero no obtuvo el permiso y quizás a ese interés por el nuevo mundo se deba el que en su *Viaje del Parnaso* (1614), se refiera generosamente a escritores americanos. Otro tanto hará Lope en *Laurel de Apolo* (1630).

Se ha insistido en señalar las prohibiciones de embarco de libros para América, como algo privativo de España y de la Iglesia Católica, que presuntamente mediante esta medida trataban de controlar las conciencias. Tal afirmación quiere ocultar un hecho histórico y es que la polémica sobre las influencias negativas o positivas que podía tener para los espíritus la lectura de obras de ficción o entretenimiento, fue una preocupación de los humanistas en general, y Erasmo se encuentra entre quienes condenaban abiertamente tal tipo de literatura. En el caso de España, la emperatriz Isabel, mujer de Carlos I, expresa que la preocupa el hecho de que los indígenas que ya estaban alfabetizados pudieran llegar a creer reales las invenciones fabulosas de muchas narraciones. Además, la falta de celo en la aplicación de las prohibiciones y el escaso peso que tenían en la realidad quedan demostrados por la insistencia con que se trataba de recordarlas y, sobre todo, por los mencionados documentos.

En el siglo XVIII y principios del XIX, nos reencontramos con las constantes ya expuestas. Los jesuitas continúan adelante con su obra evangelizadora que es también la de la conformación de una nueva cultura, surgida del encuentro de dos civilizaciones. Sólo su expulsión pudo interrumpir y tratar de enterrar tan enorme tarea.

En la literatura escrita por los laicos, junto a tendencias barrocas que continuaron vivas durante bastante tiempo, se manifiestan las nuevas corrientes europeas. —Tomemos como ejemplo, la academia *Arcadia Mexicana*, que tiene como modelo la poesía pastoril neoclásica de Meléndez Valdés—. Pero sin dejar de atender siempre a la integración con la realidad americana como es el caso del cubano Zequeira y Arango, que canta a las dulzuras del trópico en su oda "a la piña" o el de Manuel José de Lavardén, que en la alegoría didáctica "Oda al majestuoso río Paraná", quiere simbolizar la prosperidad económica y cultural del pueblo rioplatense.

Dentro de este contexto, los tipos criollos —mestizos, indios, negros, mulatos— ocupan un lugar cada vez más destacado y presentan una caracterización que intenta reflejar mejor su idiosincrasia.

Hemos dejado para el final la cuestión de la poesía popular por su importancia. A lo largo y a lo ancho de nuestro continente, desde los primeros contactos culturales hasta hoy, una poderosa corriente mestiza ha originado expresiones poéticas indisolublemente unidas a la vida de los diversos pueblos americanos. En la poesía del Siglo de Oro español la variedad es lo distintivo como ya hemos dicho, y la veta popular vaciada en moldes como el romance, el villancico o la seguidilla, fue apreciada por todos los niveles sociales. En estas condiciones llegó a América, en la plenitud de sus fuerzas expresivas y comunicativas. Su contacto con los nuevos pueblos y con la nueva realidad originó otros tipos poéticos. Si hoy nos hacen sonreír las criaturas mitológicas que correteaban por el suelo americano según los poetas cultos, no ocurre lo mismo con coplas como muchas recopiladas, por ejemplo, por Juan Alfonso Carrizo en *Antecedentes hispanomedievales de la poesía tradicional argentina*⁶. Al igual que su hermana, la vieja poesía popular española, la poesía popular hispanoamericana es fuente de bellas expresiones que recogen profundas verdades del hombre de aquellos siglos y de siempre. Por eso todavía ambas permanecen vivas y si por una parte, los medios de comunicación masiva parecen amenazar su supervivencia, es tal la vitalidad que, a través de ellos, han encontrado un nuevo modo de permanencia en la sociedad.

Nos acercamos de este modo a las conclusiones. Es extraño que un historiador de la literatura colonial hispanoamericana, el cual consigna algunos de los hechos que hemos mencionado aquí, termine diciendo que “en las colonias se vivía de prestado”. ¿Puede utilizarse esta expresión cuando se ha visto que desde un primer momento, poetas y misioneros han tratado por diversos medios de integrar en su quehacer las culturas y las realidades americanas? En el otro extremo, hay también quien ha hablado de “quinientos años de lucha heroica para conservar la identidad”. En este caso parece que la tal identidad hubiera existido desde siempre. Da la impresión de que entre los dos extremos lo que más costara comprender es que en 1492 comenzó un proceso que aún no ha terminado. La dinámica histórica hizo que culturas alejadas hasta entonces, tuvieran que aprender a convivir y a integrarse. Como todo proceso está hecho de avances y retrocesos, de desgarramientos y floraciones, de choques y de entendimientos. Pero lo que resulta innegable es que el verdadero camino lo constituye una búsqueda que tiene como meta asimilar la diversidad hasta que surja con toda su riqueza un nuevo ser cultural. No de otro modo se formaron las grandes civilizaciones que han pasado por la tierra.

Sofía Carrizo Rueda

⁶ Elegimos dos al azar: Amalaya, mi vida / fueras guitarra / para tenerte en mis brazos / atravesada Tomá este cuchillito / y abrime el pecho / y verás tu retrato / si está bien hecho.